

## Ediciones BISTAGNE

publica, quincenalmente, la más selecta colección de novelas, titulada

**Biblioteca "Nuestro Corazón"**

### NÚMEROS PUBLICADOS

- 1 **La que se hizo amar**, por Marcel Priollet.—
- 2 **Nada se borra**, por Max Dervieux.—
- 3 **La esposa y la amiga**, por José Baeza Valero.—
- 4 **El hombre que no servía para nada**, por Jorge Clary.—
- 5 **La falta del hombre**, por René Trotet de Bargis.—
- 6 **Mujeres...**, por Francisco-Mario Bistagne.—
- 7 **Lecciones de la vida**, por Félix Léonnec.—
- 8 **La primavera reflorece**, por Michel Nour.—
- 9 **El señor Francisco**, por Francisco-Mario Bistagne.

Acaba de aparecer el 10.º volumen

## ALAS ROTAS

por Andrés Bayón Belío

**Biblioteca "Nuestro Corazón"**

está lujosamente presentada, consta de 96 páginas de buen texto y su precio es el de UNA PESETA

J. HORTA. IMPRESOR

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 339

25 CTS.



EL  
MAGNATE  
RUSO

por  
Margarita de la Motta  
Juila Faye  
José Schildkraut

FilmoTeca  
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

EDICIONES BISTAGNE

Redacción } PASAJE DE LA PAZ, 10 bis  
Administración } Teléfono 4423 A

Año VII BARCELONA N.º 339

---

**EL MAGNATE RUSO**

Finísima comedia, interpretada por  
MARGARITA DE LA MOTTE, JULIA FAYE, JOSÉ  
SCHILDKRAUT, DAVID BUTLER, ETC.



(Producers Distributing Corporation)

(PRO - DIS - CO)

Exclusiva de

**JULIO-CÉSAR, S. A.**

Calle Aragón, 316 — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
GRETA NISSEN

# EL MAGNATE RUSO

## Argumento de la película

Véase la pesadilla de un ex magnate del país en que aun podía alguien descansar durante todo el día y divertirse durante toda la noche, y cómo la realidad vino a imponerse en su vida, primero apremiante y luego agitada y pletórica de intrigas, para terminar seductora y agradable.

\*  
\*\*

Aquella mañana, como todas las mañanas, cuando el sol se cansaba de echar su aliento sin tregua sobre la tierra, en su suntuosa cámara el príncipe ruso Boris Alexnov, gallardo y alegre vividor que sólo pensaba en divertirse, soñaba todavía.

A su lado, de pie, se hallaba el fiel mayordomo, insistiendo en despertarle.

—Señor, es hora de vestirse.

Boris se incorporó malhumorado en la cama, y, mientras el príncipe adaptaba a la órbita de su ojo derecho su inseparable monóculo el mayordomo añadió:

—Señor, los visitantes han manifestado que el mensaje que traen es de la mayor urgencia. Por tal razón me he permitido...

—Bien, bien... Pero más importante y urgente es mi sueño. ¡Cómo se hablaría de Rusia sin una revolución de cuando en cuando!

En el maravilloso salón destinado a la audiencia del príncipe, se hallaban varios e importantísimos personajes que le traían gravísimas noticias.

En un grupo formado por varios altos nobles y militares se comentaba la situación del país, y dijo un general:

—Nuestra sola esperanza es tener un caudillo. Pero el príncipe no quiere serlo.

En efecto, Boris quería vivir tranquilo y no aceptaba ponerse a la cabeza de los reaccionarios.

Pero sus fieles partidarios tratarían una vez más de convencerle.

Entre las damas que esperaban al príncipe hallábase Sofía María Alexnov, única hermana suya, distinguida, encantadora y bondadosa.

La impaciencia se disimulaba torpemente en todos los rostros, pues la situación era verdaderamente peligrosa, pero al fin el mayordomo anunciando al príncipe devolvió la tranquilidad al ánimo de los que esperaban.

Boris apareció ante sus visitantes y después

de saludar a las damas y besar a su hermana con verdadero cariño, mostróse muy afable con los caballeros.

Era Boris un príncipe muy simpático. Seguramente que si en Rusia no hubiese habido más noble que él, seguiría Rusia tal como estaba antes.

El general, dejando aparte, en aquellos críticos momentos, la simpatía, miró severamente a Boris y le dijo, para que tomase una rápida determinación:

—Señor, Moscou ha caído, Petrogrado está en peligro, y si no obramos sin pérdida de momento estamos perdidos.

Boris sonrió. ¡Qué exagerado era el general! Todo se arreglaría aún.

Pero he aquí que en aquel momento, como respondiendo a la indiferencia de Boris, hizo irrupción en el regio salón un hombre, un criado herido, gritando:

—¡Los revolucionarios con sus locuras!  
¡Sálvese quien pueda!

Las damas huyeron espantadas hacia las salidas y los caballeros, espada en ristre y revólveres vomitando fuego, apoyaron la huida de ellas, haciendo valerosamente frente a los amotinados.

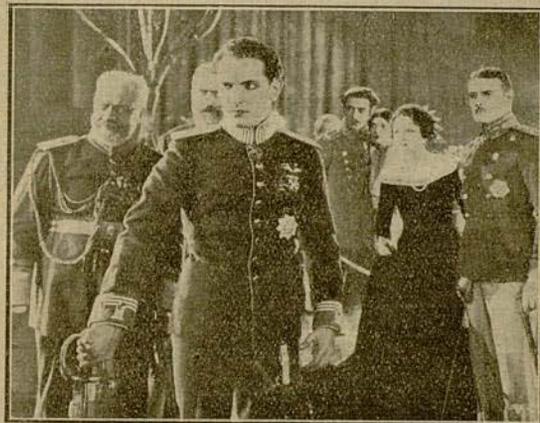
Boris se portó como un perfecto noble, poniendo un precio tan alto a su vida, que no hubo quien se la quitara.

\*  
\*\*

Ahuyentada la pesadilla que tejieron los recuerdos de un pasado doloroso, el príncipe Bo-

ris se tranquilizó al despertar en un país hospitalario con la esperanza de que tarde o temprano la opulenta aristocracia de Nueva York le abriría sus puertas.

Ya no tenía lecho de plumas el simpático



—¡Los revolucionarios con sus locuras!

Boris, sino una cama de piso amueblado cuyo colchón le hacía recordar con melancolía los que tenía en Rusia.

¡Se acabó la buena vida!

Sin embargo, Boris seguía considerándose todo un príncipe, y como con él huyeron sus fieles partidarios, entre éstos una dama, todas las mañanas al levantarse practicaba la cere-

monia palatina de besar la mano a las señoras y saludar a los caballeros, concediéndoles un momento de plática.

Aquella mañana, despertado por el mayor-domo en su lecho improvisado en el balcón, debido al calor... y a que no había sitio en el cuerto, donde dormían Sofía María y la dama de la corte transformada en doncella suya, Boris hizo la misma operación de siempre, haciéndose la ilusión de que continuaba siendo príncipe como en Rusia, a pesar de que su batín estaba en mal estado y no había cuarto de baño en el pisito alquilado.

Sofía María y los adeptos de su hermano se resignaban a seguir interpretando aquella farsa, ya que no había manera de quitarle de la cabeza a Boris que un príncipe ha de ser siempre un príncipe, aunque la realidad le demostrase lo contrario.

Para asearse dirigióse Boris al lavabo situado en el pasillo de la escalera y tuvo que colocarse detrás de un muchacho que llegó a la puerta del lavabo antes que él y que aguardaba la salida del vecino que a su vez se le adelantara.

¡Malos estaban los tiempos para los fugitivos! ¿Qué sería de ellos?

Aprovechando la ausencia de Boris, su hermana y sus buenos amigos se ocuparon de la apurada situación pecuniaria en que se hallaban y para la que había que buscar remedio.

—Todo ha sido ya empeñado, y por ahora no se vislumbra el menor filón que nos ponga de nuevo a tono — comentó, preocupado, el antiguo general.

—Tendremos que emplearnos todos en cualquier sitio, pues de lo contrario no vamos a poder comer ni pan solo — dijo otro ex personaje.

—¡Qué desgracia, Señor! ¡Quién nos lo había de decir! — gimió la dama de compañía de Sofía María.

En aquel momento llamaron a la puerta. Fué a abrir la citada dama y a poco regresó junto a los demás con un voluminoso sobre en las manos y con el rostro más triste todavía que antes.

¿Malas noticias?

Por supuesto. ¡Quién podía interesarse en tierra extraña por su suerte!

Abierto el sobre, y entre varias notas de otros varios acreedores, cual luz en una cueva sin salida encontró Sofía María una invitación que la llenó de alegría. Decía así:

*La señorita Amelia Stevens  
solicita que honren su fiesta el ilustre  
Boris Alexnov y su distinguida hermana.  
El jueves, 18 de octubre, por la noche.  
1052 Quinta Avenida. — Nueva York.  
A las diez.*

Un grito de júbilo escapó de su pecho, y exclamó:

—¡Por fin! La invitación para el baile de Stevens.

Los fieles del ex príncipe celebraron a coro la buena noticia y a una también lamentáronse de la conducta que éste observaba con la señorita Amelia Stevens, y dijo Sofía María:

—Sería una suerte para nosotros que Boris se casara con la millonaria Amelia Stevens que le admira y a quien él, sin embargo, no quiere...

Era cierto que la opulenta Amelia amaba a Boris, es decir, se interesaba mucho por él, prefiriéndole a todos sus numerosos y empalagosos pretendientes. Si el ex príncipe se lo propusiera, se dejaría llevar gozosa al altar.

Pero Boris, por muy arruinado que estuviese, no estaba dispuesto, al parecer, a venderse a nadie y se limitaba a considerar a Amelia como una buena amiguita y nada más.

Varias veces sus fieles partidarios habíanle suplicado a Boris que tomase en consideración las ventajas que sacarían todos de su enlace con la millonaria, mas él no les hizo caso y seguía viviendo de esperanzas...

Era indispensable insistir y hacerle razonar. Si él no los salvaba a todos, la frágil nave en que se hallaban se hundiría sin remedio.

Le hablarían seriamente, muy seriamente, cuando volviese del lavabo.

Poco después, Boris, vestido de calle, pues el mayordomo le llevó sus ropas al lavabo, que aquél ocupó durante una hora sin hacer caso de las protestas de los vecinos que hacían cola a la puerta, reapareció ante su hermana y sus buenos amigos; y el general, en nombre de la colectividad apurada, le habló paternalmente:

—La señorita Amelia Stevens acaba de mandar esta invitación, y ello nos induce a insistir cerca de usted para que medite sobre nuestra ruina. Le conviene alternar con la sociedad de esa señorita y...

—Comprendido, pero mi abolengo...

—¡Por Dios, Boris! — intervino Sofía María —. ¡Vive la realidad siquiera unos momentos!

—¿Tú también, hermanita, intentas sobornarme?

—Boris, tú, tan sensato, no puedes mirar con frialdad nuestra situación de fugitivos sin recursos. Hemos de tomar una enérgica resolución.

—Eso es lo que deseo, hermanita, pero hay ciertas cosas...

—Atiéndeme un instante, Boris. Nos conviene acudir a la fiesta de Amelia. Irás, ¿verdad?

—¿Sigues aún con la idea de casarme?

—Algún día tienes que hacerlo, Boris, y no me negarás que Amelia, además de ser bonita, es un buen partido...

—No sé... no sé...

Una nueva llamada a la puerta sorprendió a todos, y esta vez a Boris también.

Era el portero, enviado por el casero para que con sus groserías los amenazara con echarlos a la calle si no pagaban los alquileres atrasados.

Boris se adelantó al bruto, calóse el monóculo y trató de apaciguarlo; pero el muy... portero siguió en sus trece de cobrar o desahuciarles.

Entonces fué cuando vió el ex príncipe que era preciso de toda precisión decidirse a algo que los pusiera a cubierto de las brutalidades de la gente mercantil. Buscó en un cajón algo

vendible y no encontró más que una medalla antigua de la casa de los Alexnov.

—Venderé el único resto de nuestra pasada grandeza — murmuró — y pagaremos a ese ogo.



—Boris, tú, tan sensato, no puedes mirar con frialdad nuestra situación...

Sofía María le contemplaba con dolor, y él, comprendiendo repentinamente que debía protegerla como mujer y como hermana, cerró los ojos a todo y le dijo:

—¡Animo, hermanita! ¡Alegra esa cara! Estoy dispuesto a dejarme conducir al altar del sacrificio.

Llovieron sobre él las felicitaciones de todos, y Boris añadió, aceptando el papel de mártir:

—En la fiesta me lanzaré hasta que Amelia me diga que sí.

\*  
\*\*

Para hacerse con algún dinero Boris fué a vender la medalla de sus mayores.

El anticuario a quien dirigióse para ello la tasó en doscientos dólares y Boris, después de breve vacilación, la pignoró impelido por la necesidad.

El anticuario pagóle el precio convenido y Boris inició la salida del establecimiento en el momento en que una monísima señorita entraba en él.

Involuntariamente el bastón de Boris dió un ligero golpe a la gentil desconocida, y deteniéndose ante ella para disculparse, el ruso tuvo ocasión de apreciar su extraordinaria belleza.

¡Divina visión!

La primorosa jovencita era Anabela Ford, de la buena sociedad neoyorquina, huérfana de padres que al morir no le dejaron otra herencia que una alhajada casa y una señora de compañía.

La necesidad de metálico obligaba de vez en cuando a la huérfana a desprenderse de algún objeto de su casa; y aquel día traía al anticuario un cuadro de algún valor.

Las miradas de Anabela y Boris expresaron

sinceramente la grata impresión que ambos se habían causado y el ex príncipe no pudo marcharse de la tienda sin encontrar un pretexto para hablar de nuevo con la más encantadora mujer que había visto en su "larga" vida.

Pronto pudo realizar su deseo Boris, pues quedándose en el establecimiento a contemplar cuadros vió el que Anabela deseaba vender al anticuario y se acercó a examinarlo.

El anticuario, que había adivinado que Boris era un gran personaje, enseñóle afablemente el cuadro, y dijo el ruso, observando por el rabillo del ojo a Anabela, que era lo que realmente le interesaba:

—Muy notable; es un raro tesoro.

El anticuario frunció el ceño. Mal le preparaba el negocio alabando de aquel modo la tela.

Sonriente, Anabela preguntó a Boris:

—¿Es usted coleccionista de retratos históricos?

—¡Ya lo creo! Tengo en casa un verdadero museo de ellos, pero de esta firma no tengo ninguno y si usted me lo permite le ofrezco por su cuadro doscientos dólares.

Anabela, ocultando su alegría, pues no confiaba en cobrar tanto dinero, se avino a cedersele, y Boris salió de la tienda con el cuadro bajo el brazo y con la imagen de Anabela en su corazón... si que también sin los doscientos dólares.

¡Su rasgo principesco le dejaba sin blanca en el bolsillo!



El día de la fiesta en los salones de Amelia Stevens, Sofia María la encontró en un piso de un hotel de moda.

Amelia, abrazándola, dijo a Sofia María:

—Me alegro muchísimo de que usted y Boris hayan aceptado mi invitación. Les espero esta noche a primera hora... porque tengo muchos deseos de bailar... con él.

—Por mi parte...

—Si, ya sé que es usted muy buena.

Volvieron a abrazarse y Amelia, con una amiga, descendió al *hall* del hotel para reunirse con otras amistades que la esperaban y marcharse con ellas a hacer los últimos encargos para la fiesta de aquella noche.

Sofia María avanzó por el pasillo del piso del hotel y llamó a una puerta. Abrióse ésta y apareció un criado.

—¿Puede dar su lección el señor Paget? — preguntó la rusa.

—El señor Paget está en el *hall* — respondió el criado.

¿Qué significaba aquello?

Sencillamente que Sofia María, para ganarse el sustento, se dedicaba a enseñar a clientes discretos los buenos modales de la alta sociedad.

Paget, el más interesante y más difícil de

sus alumnos, era un buen mozo conocido por el rey del petróleo.

Rico y joven, Paget, venido a la ciudad por casualidad, deseaba refinar sus modales, creyéndolo tan fácil como refinar el petróleo, y había escogido a Sofía María.

Desde la barandilla del piso pudo ver Sofía María a Paget saludar a Amelia y a su acompañante sin quitarse ni el sombrero ni el cigarrillo habano que mordisqueaba sin piedad.

¡Qué duro se le hacía a Paget el recordar las lecciones recibidas!

Cuando se reunió con ella, Sofía María indicó a Paget, entrando en las habitaciones que él ocupaba en el hotel, que era una inconveniencia hablar a una dama con el cigarro en la boca y sin descubrirse inmediatamente. Luego, al ir a sentarse Paget a la mesa servida por el criado para la lección de arte en la comida, la profesora objetó que antes que él debía sentarse ella; y Paget, mareado, dijo:

—Cada día me convengo más de que soy una mezcla demasiado rica para el carburador social.

—No se desanime, Paget. Sus modales y maneras sociales van mejorando de día en día.

Empezó la comida... y Paget cometió torpeza tras torpeza que la paciencia a toda prueba de Sofía María supo perdonar.

Durante la complicada lección llamaron al teléfono a Paget. El criado le trajo el aparato a la mesa por indicación de la profesora y el rey del petróleo recibió un tremendo alegrón

al reconocer en la voz a su amada Anabela, la preciosa muchacha que el ex príncipe Boris viera en casa del anticuario el día que fué a vender la medalla de sus abuelos y a la que Paget deseaba por esposa sin habersele declarado todavía.



... y Paget cometió torpeza tras torpeza...

—¡Hola, Anabela! — exclamó el tosco rey—. ¿Qué tal?

Sofía María sonrió. Aunque no la conocía, Anabela le era muy simpática, pues gracias a ella Paget la había tomado como profesora de educación, para colocarse a la mayor proximidad de su nivel social.

Anabela propuso a Paget dar un paseo a caballo, y, enterada de ello y viendo la impetuosidad que iba a poner su alumno en la respuesta afirmativa, Sofía María enfrió su entusiasmo.

—Repórtese usted. Un poco de indiferencia es siempre mejor en estos asuntos del corazón.

Paget obedeció un tanto contrariado y disculpóse con Anabela.

—Lo lamento, pero la Compañía del petróleo me llama.

Y, a su vez, Anabela disgustóse un poco, en tanto que la profesora de educación se enorgullecía de la sumisión de su alumno.

Cuando hubo dejado el aparato telefónico, Paget preguntó a Sofía María:

—¿Cree usted que podré alcanzar el "sí" de Anabela esta noche"? Mis nervios están muy excitados.

—No se apure. Yo estaré allí para ayudarle.

—Confío en usted, Sofía María. Recuerde lo convenido: si con sus lecciones de urbanidad consiguió que Anabela me quiera, le daré una buena gratificación.

—Por mí no se perderá...

\*  
\*\*

El baile organizado por Amelia Stevens estuvo concurridísimo. Lo mejor de la buena sociedad se reunió en sus salones.

Boris y su hermana fueron recibidos más cariñosamente que nacie y sólo para acudir a saludar a invitados de compromiso se apartaba Amelia del ex magnate ruso, por el cual su corazón latía desacompasadamente...

La aureola de su pasado era en aquella reunión un inconveniente para Boris, pues algunos invitados, entre los que se hallaba una orgullosa y antipática señora, esposa, sin duda, de algún rey del bacalao o de la merluza, le mareaban con sus preguntas acerca de la revolución rusa y de sus fatales consecuencias para los nobles.

Sofía María esperaba impaciente a su alumno Paget, para evitar que cometiese alguna torpeza al llegar a la fiesta, pues era cosa segura que iría a saludar a Amelia sin quitarse el sombrero ni el abrigo, es decir, tal como se presentase de la calle.

Boris, recordando que debía sacrificarse por su hermanita y sus fieles amigos casándose con Amelia, se alejó con ésta hacia el jardín, y bajo la caricia de la noche estrellada empezó a declararse.

—De todas las mujeres que he conocido hasta ahora, Amelia, no ha habido ninguna que...

Se interrumpió bruscamente. Acababa de ver apearse de un *auto* y entrar en la casa, acompañada de un tipo fornido, a Anabela.

—La jovencita que vi en casa del anticuario — se dijo; y sin tener en cuenta que Amelia había comprendido que Anabela le interesaba más que ella, le murmuró unas palabras

de excusa y se apartó de su lado, regresando a los salones en fiesta.

Amelia se resignó. Desde el primer día había visto con melancolía que Boris no le hacía caso y ahora la confirmación de la verdad le aconsejaba que debía poner sus ojos en otro hombre.

El que acompañaba a Anabela era el propio Paget, que no cabía en sí de contento por llevar a la gentil muchacha a su lado.

Cuando entraron en la casa, Sofía María se llevó a un lado a Paget, para hacerle algunas recomendaciones, y Boris pudo ir al encuentro de Anabela al salir ésta del tocador donde dejó su capa.

Anabela sorprendióse al ver allí al simpático joven que le compró el cuadro histórico; y Boris, besándola con los ojos, pronunció:

—Temía que no me reconociera usted si volvíamos a encontrarnos, pero veo, con inmensa satisfacción, que tampoco se olvidó usted de mí.

—¡Qué casualidad! — dijo ella, ruborizándose y apartando su vista de la de Boris, que se le adentraba irresistiblemente en el alma.

—Sí, bendita casualidad, señorita; y ahora que la he vuelto a encontrar no quiero perderla otra vez.

—¡Pero si ni siquiera sabemos el uno el nombre del otro!

—¿Qué importan los nombres, señorita? Yo la conozco a usted desde que se desea por

primera vez conquistar las sonrisas de unos labios como los suyos...

—¡Qué vehemente es usted!

—¡Oh, gentil señorita! Yo sé que su nombre debería ser princesa de... princesa de...



—¿Qué importan los nombres, señorita?

La presencia de Amelia interrumpió a Boris. ¿Qué diría la millonaria? ¡Oh, no le perjudicaría! Era buena y además amiga de Anabela, aunque ahora ésta se convirtiese en su rival.

—¿Se conocían ustedes? — preguntó.

—Sí, es decir... — respondió Boris.

—Pues voy a presentarles.

Y los presentó, asombrándose Anabela al conocer la personalidad de Boris.

Y luego, al quedar a solas las dos amigas, Amelia, sin celos, cariñosamente, dijo a Anabela:

—Tiene usted suerte, amiga mía. Usted en un instante ha conseguido lo que muchas no lograrían nunca: enamorar a Boris.

Anabela, resistiéndose a creerse realmente amada del príncipe, contestó:

—El amor es un gran pasatiempo para gente adinerada.

Y al decir esto contemplaba a Paget, que se lamentaba a Sofía María de los inconvenientes de no dominar los buenos modales, cosa más dura de pelar que un pato viejo.

—¿Tiene usted la idea de casarse con Pedro Paget? — continuó Amelia.

—Quizá el matrimonio está más cerca de lo que se puede suponer.

—En este caso le recomiendo que rehuya el contacto de Boris, pues es peligroso...

Anabela fué al encuentro de Paget y le obligó a bailar. Quería demostrar a Boris y a Amelia que no había nadie que la interesase tanto como el rey del petróleo, pero lo cierto era que deseaba evitar un nuevo encuentro con el ruso.

Este, que se reunió con su hermana, contemplaba sin cesar a Anabela y a Paget, y dijo de pronto a Sofía María:

—¿Quién es el terrible cosaco que baila con aquella linda criatura?

—Su nombre es Paget, Pedro Paget, y yo creo que se va a casar con ella.

—¡Imposible!

—¿Como?

—¡Eso sería un gran disparate!

Paget no sabía bailar y, después de dar empujones a troche y moche, se cayó, negándose desde este momento a seguir bailando, si a lo que hacía se podía llamar bailar.

Anabela disimuló su disgusto porque Boris había visto caer a Paget y obligó de nuevo a éste a bailar.

Terminado el baile, Paget y Anabela salieron al jardín, y el rey del petróleo se disponía a prescindir de modales y a hablarle clarito, cuando un invitado lo separó de ella invitándola a bailar.

Un grupo de señoritas criticó a Paget y éste oyó lo que decían de él.

—¿Ha visto usted el pez que tiene Anabela como mascota?

—¡Oh, sí!

—Tengan lástima de él y pónganlo pronto en el agua.

Tentado estuvo Paget de decirles a las niñas modernas que le criticaban lo que él pensaba de ellas, pero reflexionó y abandonó la fiesta, encargando a un criado que avisase a Anabela que la esperaba en el *auto*.

Boris se hallaba otra vez en el jardín tratando de declararse a Amelia, para cumplir la promesa hecha a su hermana.

—De todas las mujeres que yo he conocido, Amelia...

Pero Amelia le atajó:

—Le conozco demasiado, Boris, para dejarle decir lo que pretende.

—¿Qué dice usted, Amelia? Yo...

—Está usted hablándome de amor y está mirando hacia el salón buscando a Anabela. No lo niegue. Es muy natural. Ella significa para usted todo, ¿no es cierto? Feliz ella que ha encontrado un hombre que la quiere como usted. Si yo le encontrase, Boris...

—Es usted admirable, Amelia, y quisiera que me considerara usted siempre un buen amigo suyo.

—¿Por qué no, Boris? Pero dígame usted: ¿cómo viviría con Anabela?

—Sólo pido que me den trabajo. Por ella me siento capaz de todo.

—Eso es amor. Le felicito, Boris.

—Gracias, Amelia; y yo le deseo a usted la felicidad que se merece.

Anabela se hallaba en la terraza del salón en fiesta. Boris fué a su encuentro y le preguntó bruscamente, mirándola a los ojos:

—¿Es verdad que va usted a casarse con Paget?

Extrañada, Anabela no pudo menos de contestar:

—No sé nada, pues él aun no me lo ha pedido.

—¿Y si se lo dijera?

—En ese caso...

—¡Anabela! ¡Yo te amo!

Sus brazos rodearon el flexible talle de la hermosa criatura y sus labios buscaron los suyos, juntándose en apasionado beso.

Luego Boris, loco de amor, le pidió una entrevista para el día siguiente y ella respondióle:

—Imposible. Mañana salgo para la casa de campo de Paget en la Rosaleda.

El criado encargado por Paget de anunciar a Anabela que él la esperaba en su coche se presentó en aquel instante, y Anabela pudo así alejarse prestamente del príncipe, temerosa, por exceso de felicidad, de seguir a su lado.

Boris dijo al criado:

—¿Sabe usted hacia dónde cae eso de la Rosaleda?

—Sí, señor, yo le daré la dirección. Precisamente esta noche el señor Paget me ha pedido que le proporcionara un mayordomo.

—Gracias.

Y Boris se sintió repentinamente inspirado. He aquí que la casualidad le brindaba, a la vez, trabajo y amor.

\*  
\*\*

Paget esperaba a Anabela en su finca de la Rosaleda.

La amada llegó con su dama de compañía y el millonario creía que durante la estancia

de aquélla en su casa se decidiría al fin a declarársele.

Boris, inspirado por el amor, no había vacilado en recurrir a los grandes extremos para conquistar a Anabela, que era la única mujer que más llegó a interesarle de todas las que conociera y las cuales eran numerosas; y se las compuso de manera que Paget le aceptase como mayordomo en su casa de campo.

Boris entró al servicio de Paget el mismo día de la llegada de Anabela y su dama de compañía, y ni qué decir tiene que el asombro de la gentil muchacha fué extraordinario al encontrar allí, como criado, al elegante ruso de casa del anticuario y de la fiesta de Amelia Stevens.

Desde luego, Anabela comprendió el juego de Boris, y como no quería ser juguete de un capricho le miró desdeñosa y dispuesta a no dirigirle la palabra ni permitirle que él se la dirigiera durante su permanencia en aquella casa, exactamente igual que si no le conociera.

Al acompañar a Anabela a su cuarto, llevándole las maletas, Boris, sonriente, tratando de hacerla sonreír, hizo ademán de besarle una mano, pero ella, esquivando la caricia, depositó en la que intentaba aprisionar la suya una moneda, en pago de sus servicios, considerándole como lo que aparentaba ser, es decir, un criado.

A la hora de la comida, la dama de compañía no se presentó en el comedor, disculpándose con una fuerte jaqueca, y Anabela y Pa-

get esperaban impacientes que el mayordomo les sirviese el menú.

Boris se retrasó adrede cuanto pudo, y Anabela se ponía muy nerviosa, no ocultándosele que lo que se proponía el ruso era hacerle la vida imposible al lado de Paget.

No se equivocó Anabela, pues durante toda la comida Boris cometió torpeza tras torpeza, impidiendo a Paget el declararse a la primorosa muchacha.

Enojada, Anabela dió por terminada la comida antes de llegar a los postres, desganada por completo, y como aceptó ir con Paget a dar un paseo por el jardín, Boris salió poco después tras ellos diciéndole a Anabela, para cortarle la digestión y el paseo, que la dama de compañía estaba quejándose en su cuarto.

Paget se daba a todos los demonios ante las dificultades que surgían cada vez que se preparaba a declararse a Anabela, y cuando Boris le preguntó si deseaba algo más de él, el rey del petróleo repuso, furioso:

—Sí, encontrar otro mayordomo. Ahora mismo me voy a telegrafiar pidiéndolo.

—Lo siento, señor...

Pero el telegrama que mandó Paget a la ciudad no pedía otro mayordomo, sino el auxilio de Sofía María, su profesora de buenos modales.

Sofía María acudió al llamamiento de su discípulo a la mañana siguiente, y la alegría que su llegada causó a Paget contrastó con la

desagradable sorpresa de la dama de compañía de Anabela.

¿Qué venía a hacer aquella hermosa mujer en la casa de campo del millonario?

Paget explicó en pocas palabras a Sofía María lo que le ocurría y le suplicó que pusiera un poco de orden en su casa con su buena administración.

Boris vio a su hermana y huyó a todo correr hacia el interior de la casa, no sabiendo dónde ocultarse para que ella no le viese, pues Sofía María estaba lejos de suponer que él, Boris, había descendido, por amor, a la categoría de criado.

En su afán de ocultarse no reparó, obligado por la súbita presencia de Paget, Sofía María y la dama de compañía, en entrar en la habitación-dormitorio de Anabela.

Una rápida ojeada le indicó que Anabela no estaba en el cuarto, pero de pronto vio con gran turbación un brazo desnudo que se perfilaba en el marco de un cuartito del fondo de la pieza.

¡Caracoles! ¡Anabela se estaba bañando!

Era preciso huir, pero al intentar hacerlo descubrió en la puerta a la dama de compañía, y como único escondite se le ofreció la cama, bajo la cual se acomodó cuan largo era.

Anabela salió del cuarto de baño y Boris pasó mil apuros luchando con un perro que se hallaba tumbado en el tranquilo lugar elegido por él y con la tentación que le acometía despiadadamente al contemplar bellezas ocultas...

La dama de compañía, sospechando de más en más de Paget y Sofía María, ignorando que ésta era profesora de educación de aquél, entró en el cuarto de Anabela y le habló sin ambajes.

—Anabela, pasan cosas extrañas aquí.

—¿Por qué?

—¿Quién es esa ilustre rusa que ha venido aquí para tratar de negocios, según ella mismo me ha dicho?

—¿Una rusa muy distinguida? Debe ser Sofía María Alexnov, pero no sé qué viene a hacer aquí.

—¡Si usted hubiese visto las miradas que lanzó a Paget!

Debajo del lecho, Boris seguía luchando con el perro, apretándole el hocico para que no ladrara.

¡Y figúrense cómo escuchaba el ruso aquella conversación!

Anabela, melancólica, musitó:

—Algunas veces me pregunto si Pedro se interesa por mí.

Boris hubiese querido poder contestar, abriéndole los brazos amorosamente:

—El no te quiere; yo sí. Ven. Bésame.

Luchando con el perro se movió bajo de la cama, y como dió media vuelta y la dama de compañía estaba sentada sobre el lecho, ésta recibió un empujón en salva sea la parte al moverse Boris.

—¿Qué es eso? — exclamó, asustada, la dama.

Pero viendo el rabo del perro, añadió:

—¡Ah! Es "Leal", el perro de Paget. ¡Qué atrevimiento meterse en las habitaciones! Voy a ordenar al mayordomo que lo saque de aquí.

Desapareció la dama de compañía, y entonces Anabela, llamando al perro, para que saliese de bajo de la cama, descubrió, con el consiguiente sobresalto e indignación, a Boris.

—¡¡Usted!!

—Un momento, Anabela. Permítame que me explique. Yo...

En tal instante llamaron a la puerta. Era Paget.

—¡Oh! ¡Huya usted! ¡¡Huya!! ¿Qué pensaría Paget si lo encontrase aquí?

—Pero...

—¡Salte por esa ventana, que da al jardín! No tema.

Así lo hizo Boris y al saltar al jardín se encontró frente a frente a su hermana Sofía María.

¡Tableau!

—¡Tú!

—¡Tú!

—¿Pero qué haces aquí vestido de criado?

—¿Y tú?

—Yo estoy haciendo lo que puedo para que Pedro se case con Anabela.

—¡Qué gracia! Es precisamente lo que yo quiero evitar.

Anabela, severa, decía a Paget:

—¿Por qué está aquí esa señorita rusa?

—Esa señorita es... es...

—Sí, ya sabemos todos que es muy interesante, que se llama Sofía María Alexnov y es hermana del príncipe Boris, que fué quien le recomendó el mayordomo de que está usted tan quejoso.



—¡¡Usted!!

Paget no sabía que su profesora fuese una dama de la corte de los zares y su admiración por ella creció de pronto, tanto, que le pareció, además de interesante, muy exquisita.

Paget se reunió con Sofía María en el jardín, y como ella le preguntase por qué la había mandado llamar, pues hasta aquel momen-

to no sabía a punto fijo lo que debía hacer, él le contestó:

—Pues mire usted, deseo saber cómo he de declarar a Anabela.

... Y como jugar con fuego resulta muy peligroso, sucedió que Paget y Sofía María, practicando la lección pedida por el rey del petróleo, le tomaron afición a la farsa.

Boris, sorprendiéndoles abrazados de broma, fué reprendido por Paget.

—¡Esto es inaguantable! — exclamó—. ¡Ni siquiera tomando una lección de declaración de amor me deja usted en paz, Jaime! No parece sino que desea el despido.

—Dispénsame el señor... Quizá, en esta materia, pueda ofrecerle algunas indicaciones.

—¿Usted?

—Abrácense ustedes... así... pero más fuerte. ¡Muy bien!... Con brío... ¡Ajaja! Y ahora el beso.

—¿Cómo? — dijo Sofía María.

—Señor, ahora el beso de remate. ¡Así! Fuerte. ¡Muy fuerte!

Los dejó besándose y él corrió al encuentro de Anabela y obligóla a seguirla a un *auto*.

La dama de compañía intervino, pero Boris la apartó y huyó con Anabela, llevándosela a viva fuerza, hacia la ciudad.

La dama de compañía llegóse hasta Paget y Sofía María, que con el beso, jugando, jugando, habían sellado su sincero amor, y les gritó:

—¡Anabela se ha escapado con el mayordomo!

Paget contestó, alegre:

—¡Muy bien hecho! Le aumentaré el sueldo y le daré una casita con jardín como regalo de boda.



—Quizá, en esta materia, pueda ofrecerle algunas indicaciones.

Sofía María dijo a su vez, asombrada:

—¡Pero si no es mayordomo! ¡Si es el príncipe Boris Alexnov, mi hermano!

—¡Eh!!

—Sí, mi hermano.

—¡Qué novelesco! Me alegro; y desde mañana desempeñará un cargo importante en mi

Compañía... y tú te casarás conmigo en seguida.

Pero Boris y Anabela, que no pudo seguir fingiendo indiferencia a aquél ante su gran amor, les tomaron la delantera, pues el ruso no paró el *auto* hasta delante de la casa de un pastor.

FIN

Mañana, en

*Los Grandes Films*  
**La huérfana de Pompeya**

por Leda Gys

¡Acontecimiento en las selectas «Ediciones Especiales» de **La Novela Semanal Cinematográfica**,

**SANGRE Y ARENA**

por RODOLFO VALENTINO

Haga sus encargos desde ahora mismo.

**CHANG**

Es la mejor novela de aventuras

J. Horta, impresor.—Cortes, 719. Barcelona